

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 23 Abril 1914.-Número 17.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

CON TODOS LOS HONORES

PETICION DE CONSEJO

Un íntimo amigo mío, inteligente, enérgico, que escribe y habla bien, y en su ya larga vida (tiene hoy sesenta años) defendió la República y el Libre pensamiento con la valentía y constancia del convencido, en una población de tercer orden con obispado (las más refractarias al progreso); que siendo concejal veló por la moralidad y abogó arrogantemente por los derechos del pueblo; que organizó un Centro de obreros; que vive del producto de una pequeña imprenta y de un café; que costea un semanario donde defiende con independencia y rectitud las ideas que profesa, y que se ha visto siempre rudamente combatido por los clericales y por los monárquicos; ese correligionario, á quien se le han hecho repetidas veces ofrecimientos que le hubieran permitido vivir tranquilo, y que los rechazó con la dignidad y altivez de todo hombre que se estima, me escribe con fecha 14 del actual una carta en la que me dice:

«Cuando las persecuciones clericales habían aminorado por la muerte del anterior obispo, han venido los conservadores á sitiarme por hambre, por haber yo trabajado cuanto he podido en contra de su candidato en las últimas elecciones. El alcalde me negó el permiso para celebrar durante el carnaval los bailes que daba todos los años en el salón de mi establecimiento, en el que había gastado algunos miles de pesetas para hacerlo el centro de reunión de los jóvenes más distinguidos de la ciudad, y se niega á sellarme los números del periódico; el gobernador, al que he acudido en queja, no ha tomado providencia alguna; y los clericales ejercen la presión que pueden sobre los suyos para aislarme.

Como aquí el partido republicano está deshecho, y nada pueden temer de él por no haber ni un concejal que proteste de estos atropellos, ni un diputado provincial que se encargue de hablar al Gobernador; y como los liberales me miran recelosos por mi campaña anticlerical, fácil es comprender la situación en que estoy colocado, sin tener si-

quiera la esperanza más remota de que nadie venga en auxilio mío.

Hay liberales que pasarían, me dicen, por lo de mi anticlericalismo, si no fuese yo el que difunde y sostiene el republicanismo en esta población; y algunos me tachan de Quijote (no se atreven todavía á llamarme imbécil) por no seguir el ejemplo que me ofrecen otros republicanos.

A usted, á quien tanto quiero, respeto y admiro, pido consejo en esta situación desesperada. Tengo sesenta años; no he hecho fortuna aunque he trabajado mucho; mis energías decaen lentamente, y no veo medio de ganar en una ocupación cualquiera el sustento de mi familia, porque todas las puertas se me cierran y se me obstrucionan todos los caminos. Pensé hace tiempo, usted lo sabe, marcharme á América, escribí á Calzada y me contestó que aquello andaba bastante mal. Si tuviera yo veinte años menos, allá me iría á pesar de todo; pero á mi edad ¿á qué voy?

Miro á todos lados, y el porvenir no puede ser más negro. No veo más que dos soluciones: pegarme un tiro, ó someterme á ser un *manso* más. Pero amo tanto la República, que sólo la idea de claudicar enciende mi sangre.

Hace ya tres ó cuatro años, que en su buen deseo de hacer algo por mí, me vienen diciendo dos diputados liberales, íntimos amigos míos, que es una locura seguir la política que sigo en una población como esta; y de que me quieren bien, buena prueba es que no les he pedido un favor para mis correligionarios que no me lo hayan hecho.

Y ahora, querido D. José, que le he indicado muy por encima algo de lo que me ocurre, sólo espero su consejo para decidirme. Lo tomaré al pie de la letra, como si mi padre resucitara y fuera él quien me lo diese.»

El amigo que esto me escribe, se llama...

Vacilo al poner su nombre, por no haberme autorizado expresamente para ello, pero sin explicarme por qué vacilo. ¡Le honra tanto lo que le pasa!...

Mas allá va. Vaya esta ligera indiscreción por la discreción extremada que en otros asuntos guardo.

Se llama Mariano San José, y vive en Plasencia.

Que él me dispense. Era preciso lanzar el nombre, para que viese el partido republicano, víctima de tanto farsante, tanto buscavidas, y tanto desleal, que aún cuenta con hombres que, hasta en el momento mismo de caer vencidos, se sublevarían y se indignarían ante la idea de que alguien pueda suponer siquiera que claudican.

MI CONSEJO

Amigo Mariano:

Este es mi consejo, que más bien parece mandato:

«Mate usted el periódico, abandone la política activa y conságrese á trabajar exclusivamente para su familia.»

¿Que esto es aconsejarle que retroceda ante el enemigo?

No. Esto es decirle: «Con los brazos rotos no puede dispararse el fusil. Retírese usted á su hogar á envejecer de lo que ha hecho». Pero aunque fuera retroceder, el retroceder no es mengua cuando no se puede luchar. Hay retiradas gloriosas.

¿Que es muy doloroso para el que consumió en la defensa de un ideal su vida entera, permanecer inactivo mientras los demás continúan luchando? Sí; pero nunca tanto como ver desplegada á medias, cuando no enlodada, la bandera de ese ideal.

¿Que á la sola idea de claudicar se enciende su sangre, porque ama mucho la República? Le da usted á esa palabra un sentido que jamás tuvo: claudicaría usted, si se retirase para combatir lo que defendió, profanar lo que adoró, maldecir lo que bendijo. Esto deshonor siempre, aunque se realice en el camino de Damasco. Pero retirarse herido de la línea de fuego, ni es claudicación, ni es defección, ni es cobardía, y, por lo tanto, no puede ser afrenta.

Declararse vencido no es claudicar. Hasta moralmente, sólo claudica el que se aparta de lo recto, de lo digno, de lo justo. Y usted sigue pensando en todo como pensaba. Los cuarteles de inválidos se llenan con héroes que no pueden pelear.

Además, si hay alguien más grande que el triunfador, es el vencido que desfila ante él con todos los honores de guerra. El triunfo puede alguna vez determinarlo el acaso; la defensa heroica se debe siempre á la voluntad.

Y usted, querido amigo, merece el honor de que al retirarse le salu-

den, le batan marcha y le rindan armas, por haber peleado siempre y bravamente contra los convencionalismos políticos, religiosos y sociales, hasta mucho más allá de los linderos del deber.

Y por merecerlo, yo le tiendo ahora la mano más efusivamente que antes se la tendía.

¡Apriétela usted!... ¡Más!... ¡Más!...

EXPLICACION

Como seguramente le ha extrañado á usted la sequedad y precisión de mi consejo, debo explicarle por qué se lo he dado en esa forma.

Si desde las alturas del republicanismo soplasen sobre nosotros vientos purificadores de abnegación; si la palabra desinterés no figurase ya entre las anticuadas, como la de consecuencia entre las ridículas; si quienes debieran enseñarnos á buscar en el esfuerzo colectivo la fuerza que el fraccionamiento nos quita, no nos advirtieran con su ejemplo que cada cual debe convertirse en apóstol de su propia redención; si no viésemos al pueblo cerrar los ojos, á pretexto de disciplina, ante faltas políticas imperdonables ó ante errores calculados, no hubiera sido yo, no, el que diera á usted tal consejo: le habría dado el contrario. Aunque no, porque entonces no me lo hubiera usted pedido. Los consejos únicamente se solicitan cuando la noción del deber está borrosa; y de haber cumplido todos con el suyo, el de usted bien fijado estaba: seguir trabajando por la venida de la República, perdiere lo que perdiera.

Pero me creería indigno de la honra que usted me ha otorgado al consultarme, si por no contradecir lo que tantas veces afirmé, de que no debe repararse en sacrificios cuando del ideal se trata, le aconsejase ahora que siguiera sosteniendo esa lucha oscura, sin esperanza, sin gloria, y sin otra finalidad que la de sepultarle á usted, ó en la cárcel sano, ó en el hospital enfermo, ó en el Asilo resignado, sin provecho ninguno para la causa.

Y aconsejárselo en estos vergonzosos momentos de desorientación, en que nadie sabe fijamente á dónde vamos, ni lo que pensamos, ni lo que haremos; en que unos republicanos se pasan á la monarquía, insultando cobardemente á los que abandonan; en que otros rectifican la propaganda á que debieron su encumbramiento, con un cinismo que espanta ó asquea; y en que algunos demuestran, en los cargos populares alcanzados, que entre los monárquicos y ellos no hay diferencia cuando de ciertos negocios se trata; aconsejárselo en estos momentos, repito, sería decir lo que no siento, tenerlo á usted en poco, responder con una

felonía cobarde á la honra que me ha dispensado.

EN CONFIANZA

Y despachada la parte oficial, digámoslo así, ruégole, querido Mariano, que me permita decirle en tono amistoso, abusando de la autoridad que me ha reconocido al pedirme consejo, algo que acaso no le agrade del todo.

Se ha equivocado usted completamente en la marcha política que ha seguido, ó ha pecado de soberbio.

Querer mantenerse puro en una sociedad que se rige por el éxito, é independiente en un partido que ha declarado dogmática la idolatría, es, se lo repito, equivocación ó pecado que debe expiarse. Todo el que no se adapta á la realidad del momento en que vive, es arrollado por ella. Y esto no es de ahora: fué siempre. El adagio de ayer, «donde quiera que fueres haz lo que vieres», equivalía al «acomodamiento al ambiente» de hoy. Por eso en todos los tiempos fué insensato vivir fuera de la realidad. Y hoy la realidad es esta:

En política, prescindir de escrúpulos para elevarse.

En religión, practicar sin creer.

En moral, enriquecerse sin reparar en medios.

Y el que no entre en esta realidad, ó combata á los que están dentro de ella, éste, sea quien fuere, y por mucho que valga, y por grande que sea su voluntad y poderosa su resistencia, caerá vencido y deshecho tarde ó temprano, sin quedarle siquiera el derecho de quejarse. ¿Ignoraba una verdad tan palmaria? Pues ha debido caer por eso: por ignorante. ¿La sabía, y obró á conciencia? Pues ha merecido caer por jactancioso: por creer que podía arribar á donde deseaba nadando contra la corriente.

Y eso es lo que usted ha hecho: nadar contra la corriente. Y por eso ha tenido usted que escribirme esa carta.

SEAMOS IMPARCIALES

Al decirle cuanto le digo, no trato de negarle á usted la razón que le asiste para quejarse de lo que le ocurre: se la doy completa. Pero vamos á hablar desapasionadamente. ¿Cree usted que ha llegado á la situación esa sólo por ser republicano y librepensador? No; ha llegado por la manera de expresar y practicar esas ideas. Ser hoy republicano sin perder la independencia, ó ser librepensador sin ir á misa, esto es lo que no se perdona, esto es de lo que todos abominan, lo mismo en el partido, que fuera del partido. Como es absurdo ponerse desinteresada é incondicionalmente al servicio de las ideas: hay que mantenerse en el justo medio, para no diferenciarse mucho de los que ponen las ideas á

su servicio. Y usted, francamente, ha exagerado un poquito la nota en todo eso.

Se puede combatir ferozmente á los monárquicos en público, y entenderse con ellos en secreto; se puede alardear de convencido librepensador en los mitins, y permitir, en nombre de la libertad de conciencia, que la señora y las niñas se arrojen á los pies del confesor y nutran su espíritu con el llamado pan de los fuertes; se puede, en fin, seguir la moda de las dos velas en todo, para no quedar mal ni con San Miguel ni con el diablo.

¿Pero hacer lo que usted ha hecho, amigo San José? ¿Poner toda la carne en el asador, para que no resulten divorciadas sus obras de sus palabras? Esto no puede hacerlo ningún político sensato y bien equilibrado, sin tocar las consecuencias que toca usted hoy.

Como republicano, se ha permitido usted el lujo de pensar por cuenta propia, y esto, que en ningún partido favorece, en los democráticos es crimen imperdonable.

Como librepensador, ha combatido la Iglesia y puesto en la picota la conducta de sus ministros, unas veces oponiéndose á que el obispo de Plasencia vendiera una silla y una biblia de gran valor histórico y artístico, otras á que enagenara capellanías, otras á que maltratara y persiguiera á los sacerdotes que no secundaban sus miras; y lo ha hecho usted con tal vehemencia y tal constancia, que ni que hubieran sido los sacerdotes perseguidos sus hermanos, y de usted la biblia, la silla y las capellanías.

Dió usted además en la gracia de censurar á los clérigos que no se encerraban en el cumplimiento estricto de sus deberes religiosos, y en pretender que respetasen los votos que espontáneamente pronunciaron, ¡hasta el de castidad! cual si usted hubiera tenido que mantener el fruto de sus deslices; y, claro, se le puso en contra todo el clero, apoyado por los seglares que viven de él ó á su sombra, por los hipócritas, por los creyentes, esto es, por la mayoría de esa población levítica; y esto lo hizo usted, sin cuidarse de que vivía de dos industrias, necesitadas del favor del público: el café y la imprenta.

Si usted, en vez de obrar así, se dedica á conservar y acrecer las simpatías que en Plasencia disfrutaba por su inteligencia, su amor al trabajo y su probidad, ha tenido sus mismos adversarios hubieran contribuido á ponerle en condiciones de que nadie pudiera sitiarse nunca por hambre.

Pero como por una parte perdía usted lo que por otra ganaba, ha acabado por donde era lógico que acabase: por verse aislado y acorra-

lado y perseguido, que es lo que les irá ocurriendo á cuantos piensan y obran como usted.

Sentir hambre en el estómago de los demás en vez de dedicarse á lastimar bien el propio; dolerse de los palos que caen sobre los extraños exponiéndose con esto á recibirlos, quizás fuese un mérito para entrar en el cielo, si se comprobara, por testigos irrecusables venidos de allá, que realmente existía; pero lo que es para vivir tranquilos en la tierra, créame usted, amigo Mariano, eso, no sólo no sirve, sino que estorba.

RAYO DE LUZ

¿Mas á qué seguir hablando del pasado, engendrador de este odioso presente? Hablemos del porvenir, ese porvenir que usted ve tan negro, y que yo diviso, si no rosado, gris por lo menos.

Sí; contra la opinión de usted, yo profetizo que su retirada completa de la vida pública normalizará á la larga su vida económica, porque usted no tiene en Plasencia enemigos, sino adversarios; y adversarios que, si por instinto de conservación han tirado á desarmarle, admiran en usted al hombre laborioso, honrado y leal que ha luchado contra ellos noblemente y cara á cara, defendiendo con brío y teón sus ideas hasta caer rendido; adversarios que estrecharán con orgullo su mano, jamás manchada, y tendrán á honra ser sus amigos. No debe usted, por lo tanto, precaverse contra ellos.

Contra quien tiene que precaverse es contra usted, para no dejarse abatir por la tristeza que acomete á todo hombre que ve ahuyentarse la esperanza más vehemente de su vida, á la edad en que no puede ya halagar otras. Pero á bien que usted tiene medios de trocar en espiritual alegría esa tristeza, pensando en lo mucho que hizo por la República, en que lo la deshonró con sus actos y la ofreció á la admiración de todos con su ejemplo, y en que no explotó su nombre, como lo pregona la carta que se ha visto obligado á dirigirme, y á cuya contestación pongo término aquí.

De usted fervoroso amigo y admirador, hoy más que ayer, y mañana más que hoy

JOSÉ NAKENS

Madrid 21 Abril 1914.

Otro que se retira

Querido Nakens:

Estoy cansado de tanto luchar y me retiro de la vida política activa. Adjunta es copia de la carta que dejo á mis compañeros de Directorio, pues creo que ha llegado el momento de hacer efectiva esa determina-

ción tomada por mi en principio hace ya bastante tiempo.

Ya sabe usted es siempre suyo apasionado y antiguo amigo

RAFAEL DE UREÑA

Abril 13 914.

Madrid 13 de Abril de 1914.

Al Directorio Nacional de Unión Republicana.

Distinguidos amigos míos y compañeros: Perdonadme sí, en vez de la forma fría y severa de la comunicación oficial, me dirijo á mis antiguos y buenos compañeros, en carta familiar y cariñosa, para hacerles saber mi irrevocable renuncia de los cargos de Presidente y de miembro del Directorio Nacional de Unión Republicana, como natural consecuencia de mi bien pensada determinación de abandonar la vida activa de la política. Cuarenta y tres años de incesante lucha por el régimen republicano me dan un perfecto derecho para trocar los azares de la vida activa de la política, por la tranquilidad de la vida privada, buscando en las inefables dulzuras de ésta, en un ferviente culto de nuestros ideales republicanos y en la continuación de mis trabajos científicos, el descanso que mi cuerpo necesita y la calma que mi espíritu demanda.

En tan larga vida pública, creo haber cumplido, tal vez en ocasiones con exceso, los deberes que de consuno me han sido impuestos por mi partido político y por la rigidez de mis convicciones republicanas, y perdonadme que al realizar este acto, para mi tan decisivo, recuerde con orgullo que siempre y sin vacilación alguna he sacrificado todo, absolutamente todo, ideas, sentimientos y aspiraciones personales, en aras de la unión republicana, de la formación del partido único del republicanismo español, sin que jamás haya solicitado nada de mis correligionarios, antes bien, cuantos cargos me han sido por ellos confiados, desde la Presidencia de la Juventud republicana de Valladolid (1871-73) á la del Directorio Nacional de Unión Republicana, que hoy dimito, me han sido espontánea y reiteradamante ofrecidos, y sin que en momento alguno y bajo ningún aspecto, haya ni siquiera intentado hacer de la política escabel de legítimas ambiciones.

Suyo afectísimo amigo y antiguo compañero y siempre fervoroso correligionario,

RAFAEL DE UREÑA

No quiero leer entre líneas esa carta, y acepto lo del cansancio como única razón de la retirada de Ureña. Son muchos cuarenta y tres años de lucha.

Con la retirada de Ureña, perde-

mos los republicanos un hombre que nos honraba por su inteligencia, su saber y su prestigio social; por su fe consciente y por su consecuencia inalterable: hombre que, de militar en otro partido, habría encontrado hace muchos años lo que aquí concedemos á menudo á la medianía osada y á la palabrería infecunda.

Mal, muy mal nos hemos portado con Ureña: ni siquiera una vez lo hemos llevado al Congreso, ó al Senado, donde hubiera podido hacer labor más honda que la de pronunciar discursos de fuegos artificiales de vez en cuando.

¿Que él no ha puesto en juego los recursos que otros para alcanzar cualquiera de esas investiduras? Es cierto; mas por lo mismo hemos debido llevarle. ¿No sabíamos quien era, lo que valía y lo que en la cultura nacional y europea representaba?

¡Aunque vaya usted á saber! Quizás no lo hayamos llevado porque los monárquicos no nos juzgarán jactanciosos, al ver que exhibíamos hombres de su talla intelectual y científica. A lo mejor la modestia toma formas extrañas.

En fin, un hombre menos entre nosotros de la clase que más necesitamos, por que de la de bullangueros y de ambiciosillos nos sobran, y continúe el ¡viva Fulano! ¡Y Mengano! ¡Y Zutano!, hasta que el Pueblo soberano nos manda á todos á tomar referencias por el consonante.

Que ya tarda.

UN ENIGMA

El deseo de ser padre de la patria es en casi todos los españoles más vivo aun que el serlo de hijos fabricados en comandita con una mujer hermosa; ¡y cuidado si éste es vivo!

Para satisfacer aquel deseo, prescinden casi todos, si es preciso, de cuantos respetos y consideraciones guardan en sus relaciones sociales. Los bien educados, se olvidan de que lo son; los que hicieron siempre honor á su palabra, faltan á ella; se cree lícito el engaño, si es para sumar votos ó restárselos al contrario; falsificar no es deshonesto, si el documento es un acta; robar no importa, si es una prueba notarial lo que se roba. Hasta hay quien se gasta miles y miles de duros en la elección, lo que acaso no haría ni para librar á su padre de la horca.

Aunque para encarecer lo irresistible de ese deseo, baste decir que las elecciones preocupan en España más que las corridas de toros. ¡Si preocuparán!

Y no á éste ó á aquél, sino á todos; al carlista como al conservador, al liberal como al demócrata, al republicano como al socialista. Es en lo

único que coincidimos los españoles.

¿Por qué será? No me lo explico.

Por salvar á España no es, puesto que cada día está peor.

Por darse ellos á conocer tampoco, puesto que hay diputados que ni Dios sabe cómo se llaman aunque ejerzan el cargo veinte años.

Pero cuando ellos lo hacen, su cuenta les tendrá. No se dan ni palos de balde.

¿Será por... por?..

Nada; no acierto por qué podrá ser.

El cautiverio de la Iglesia

La palabra «cautiverio» procede del latín. Se dijo primeramente *capto* (cogido): y se dijo después «captive» para designar, no el acto de quedar cogido, sino el estado de permanencia en el acto aquel.

De este origen viene también la palabra *cepo*, que viene á significar *cogedero*, ó instrumento para coger: y que por antonomasia ha pasado á significar lo que hoy llamamos *cepo*, por haber sido quizás el *cogedero* más corriente.

Quien dice *cepo*, dice trampa, lazo, etc., aplicado á los instrumentos mecánicos: y dice fraude, gatería, y estafa en otro orden: y en otro orden, dice sofisma, embelec y seducción.

De la primitiva palabra *captio*, viene también la palabra *caza*. Cogido ó cazado, para el caso son sinónimos en el supino, aunque se desvíen de su significación actual de infinitivo. Así, cazar es el arte total de coger, desde la busca y espera de la caza hasta su captura.

Cazar se dice de los animales terrestres; de los acuáticos se dice pescar.

La Iglesia, por haber sido pescadores de oficio sus fundadores, ha adoptado el lenguaje *pescatorio*, por punto general. Pedro el Pescador, llama á su primer padre. «Pescador de hombres» se decía, y aún se dice «sello del Pescador».

El oficio eclesiástico es, pues, una pesca.

Iglesia católica, en esta analogía significa «pesca universal», ó sea en todas las aguas y mares; de toda casta de peces y con todas las artes de la pesca: con cebo, con red, con anzuelo, con dinamita...

Según aquella frase, los hombres, en la zoología marina, se llaman atunes, besugos, truchas, anguilas, etcétera. Los místicos no han clasificado bien los hombres-peces con respecto á la Iglesia. Hágalo el lector á su gusto.

Cuando un pez queda en la red, se dice ya pescado, es decir, *cogido*, es decir *cautivo*.

No todos los peces pescados van de golpe á la sartén. El buen piscicultor, tiene sus criaderos de ostras: tiene sus semilleros de peces pequeños para engordar los grandes, y además, tiene sus peces de colores. Así ocurre en la Iglesia.

* *

No todos los apostólicos fueron pescadores.

Los de las montañas, se hacían Pastores ó cazadores. En vez de peces, hablan de ovejas, de lobos, de leones, de zorras, de perros, de vacas gruesas y delgadas, de bellones y de cuernos; ya el oficio no es una pesca, sino una caza; ya no hay peces y pescadores, sino pastores y grey.

Pastores y lobos se disputan las ovejas, ambos con el ánimo de devorarlas, sin más diferencia que el lobo las come crudas y el Pastor las desuella y las asa cariñosamente antes de comerlas. No roe los huesos como el lobo salvaje, sino que los tornea y hace de ellos avolorios ó cuchillos para degollar á las hermanas.

Antiguamente se decía que la Iglesia era la sociedad de la grey con el Pastor. Afortunadamente ahora los Prelados han quitado esa confesión diciendo: la Iglesia somos nosotros los pastores, los cazadores y los pescadores; los demás, la grey, el pueblo de ovejas y de peces, son nuestro alimento, ó sea, nuestro instrumento.

De lo cual resulta que detrás de la *Eucaristía* pública, hay la otra mesa de comunión de la Iglesia, en la cual el pan y vino con la carne y sangre del pueblo, y los únicos comensales son los Jerarcas y sus paniaguados.

* *

En esta sociedad, ocurre como en todas, que en el litoral el pez bastante listo y mañoso, pasa á ser trucha, y de pescado se convierte en pescador. En la montaña, el borrego que va aprendiendo á ser zorro, con el tiempo pasa á ser pastor y cazador.

Entre unos y otros hay una especie intermedia: la de los *cebos*, mansos y *reclamos*. Los pastores, cazadores y pescadores, crían con esmero á estos auxiliares. Ellos están muy orgullosos de los mimos del pastor: cantan á la grey sus excelencias y virtudes: reciben los mendrugillos que les da y le pagan atrayendo á sus hermanos al cepo.

Tal es, en pocas palabras, la constitución de la Iglesia.

* *

¿Quiénes son los cautivos de ella? El cautiverio puede existir para el

cautivo sin que lo parezca á los demás, y puede parecerlo á los demás, sin existir en el individuo.

Una cosa es ser cautivo y otra sentirse cautivo. El ave que nació en la jaula de padres y abuelos enjaulados, perdió toda noción de libertad. Tiene alas, sin conocer su objeto: ve el espacio con indiferencia. Su mundo es la jaula. El cazador sabe aún hacerle agradable la vida cautiva: el pájaro enjaulado no necesita ir en busca del pienso, ni ha de temer la sorpresa del gavilán. El amo provee en ello. Y una vez educada á la vida, la paloma vuelve al palomar y la gallina vuelve á su corral, como la oveja al redil y el asno al pesebre.

El hábito del cautiverio les ha refinado el gusto de la pereza y de la molicie: tienen espanto á la lucha, al esfuerzo, al trabajo y al peligro: tienen miedo de morir en manos extrañas. Prefieren ser azotados del amo, ser degollados del amo y ver sus cuerpos en el asador del amo siguiendo la tradición de sus padres, abuelos y bisabuelos.

Así los esclavos de todas las esclavitudes.

Así los cautivos irredimibles.

Así los que por holgazanes, pusilánimes, decaídos y muelles, pueblan asilos y conventos.

* *

Así es también el cautiverio eclesiástico.

Algunos están en él por la *casta* de que provienen. Lejos de sentir el cautiverio como un mal, lo celebran como la mejor de las fortunas y la más venturosa de las dichas terrenales. Al buen católico, la Iglesia lo exime de los grandes trabajos y fatigas del espíritu. No necesita estudiar los grandes problemas de la ciencia: bástale aprenderse el credo que le enseña el principio y fin del universo y le traza el papel que le toca representar en el drama de la vida. No necesita saber nada: le basta creer sin averiguar. Está exento de estudiar la moral y de trabajar la voluntad. Con hacer lo que le manda la Iglesia, ayunar, pagar diezmos, tomar bula y consultar al confesor, tiene resuelta toda la moral de la vida presente y futura.

¿Es corta la ganancia? El trabajo espiritual, el terrible trabajo espiritual, aquí queda relevado. Todos son burgueses del espíritu, dados á la huelga de la inteligencia, que nada ha de investigar; á la huelga de la memoria, que nada ha de retener y comparar; á la huelga de la voluntad, que no debe preocuparse del bien ni del mal; ni de si yerra ó acierta.

¿Dudar?... ¡Qué horror! La duda es el infierno para el creyente. ¿Para qué dudar?

Quien quiera quitarle la fe habrá

de luchar con él como ladrón que trata de arrebatarse el mayor de los tesoros. Quien intente empujarlo á la duda, habrá de batirse con él como si le empujase al precipicio. ¡Oh, dulce cautiverio! — cantan los devotos. — ¡Maldita sea la libertad! — exclaman á coro los cautivos.

¡Raza de esclavos: mesnada de siervos: pueblo gregario!... ¿quién podrá redimirte?

S. P. ORDEIX

¿QUÉ ES IMPIEDAD?

«No hay hombre, por poderoso que se crea, que tenga suficiente valor para afrontar el unánime desprecio de la sociedad; no hay quien pueda vivir sin sentirse apoyado cuando menos por el asentimiento y la estimación de una parte de ella. Se necesita estar animado por una convicción grandísima y sincera, para que un hombre tenga valor de hablar y obrar contra la opinión de todos, y jamás un hombre depravado, mezquino y cobarde tendrá semejante valor.»

Este pensamiento de Bakounine me obliga á exclamar:

¡Cuántos cobardes, mezquinos y depravados no habrá hoy en España, cuando son tan pocos los que tienen el valor de hablar y obrar contra opinión del mayor número, en asuntos de religión especialmente!

Nadie cree aquí en nada, mas todos se guardan de decirlo, por temor á que le echen encima la nota de impío, sin tener en cuenta esta gráfica observación de Diderot:

«Oigo en todas partes condenar la impiedad. El cristiano es impío en Asia, el musulmán en Europa, el papista en Londres, el calvinista en París, el jansenista en lo alto de la calle de Santiago, el molinista en el fondo del barrio de San Medardo. ¿Qué es, pues, un impío? ¿Lo es todo el mundo, ó no lo es nadie?»

Nadie y todos.

Nadie, cuando juzga las acciones de los demás el buen sentido.

Todos, cuando el interés particular necesita cubrirse con la careta religiosa.

Ensayando el Auto de Fe

Hay que aceptar, amigo Nakens, aunque sea á regañadientes, que vivimos en el mejor de los pueblos posibles. A lo menos, la semana que acaba de transcurrir en Barcelona, así lo justifica.

Hemos inaugurado, gracias á Dios sin desgracia alguna salvo las bestias, nuestra tercera plaza de toros. Hubo una concurrencia enorme y una gritería infernal. Yo no fui, pero lo oí bien desde mi casa, situada á unos dos kilómetros de distancia. Con que, puede usted calcular.

El jueves santo, también gracias á Dios, pasaron Rambla arriba gran

número de compañías de *requetés* que iban á Montserrat á hacer ejercicios de oración ante la Virgen y además otros ejercicios de bronwing ante los troncos de los alcornoques á falta de los cuerpos de esos otros alcornoques llamados liberales que tales cosas consienten, porque el buen jaimista dice: «A la Virgen orando y con el bronwing disparando.»

Por las calles de la ciudad paseó también nuestra banda municipal acompañando una procesión, cedida por este Ayuntamiento tan republicano y tan lerrouxista de que disfrutamos.

Para más esplendor el telégrafo nos anunció que en Palma de Mallorca unos isleños, sin duda mauristas, prendieron fuego á la tienda de un vendedor ambulante de Biblias, que había sentado sus reales en la feria, en medio de la plaza. Y gracias aún que no quemaron á su dueño junto con los libros, pero es de esperar que todo se andará, y no solo al dueño, sino que se quemará también á los pocos lectores que queden en este país de analfabetos.

Pero con todo y ser mucho todo esto, el *record* de la religiosidad lo ha batido nuestro Ayuntamiento, al decir, una dependencia de nuestra Diputación, la Casa Provincial de Caridad, que se ha dado el solemne gustazo de celebrar un Auto de Fe con todos sus lances, pelos y señales.

Figúrese usted que, según fotografía que publican los periódicos, en medio del patio de la santa Casa, se levantó una gran figura humana representando á Judas Iscariote, se la rodeó de leña, se la roció con petróleo, se le puso sobre el pecho un cartelón que decía POR TRAIADOR, y se le pegó fuego en medio de una gran algarabía de curas, sacristanes y asilados.

Dicen, como le digo, que la ceremonia se llevó á cabo con todo el ritual de las antiguas ordenanzas que antaños sirvieron para realizar esos piadosos y edificantes espectáculos. Hubo delación, prisión, consejo de inquisidores, interrogación, condena, procesión, hoguera, y quema, ni más ni menos que si se tratara de un ser vivo, porque sin duda eso llegará pronto y conviene ejercitarse para que luego esos espectáculos no dejen nada que desear.

Algunos bobalicones extrañaban que habiendo Jesús perdonado á los que le sacrificaron, los católicos no sintieran igual piedad, pero los más instruidos les sacaron de su extrañeza diciéndoles que así lo tenía dispuesto la Iglesia, nuestra dulce madre, y que así se había obrado siempre con herejes, judaizantes, brujos, protestantes, alquimistas, librepensadores, inventores, filósofos y demás faramalla.

¡Qué dulce y piadosa enseñanza para los tiernos corazones de los pobres huérfanos allí asilados! ¡Qué santa generación se está preparando por tales educadores! Ahora sí que la regeneración racional va á ser un hecho.

Yo estoy tentado de preguntar los señores diputados de la Mancomunidad, si la restauración de estas santas costumbres de nuestros mayores forman parte de su programa.

Tauromaquia, facciosos, hogueras de libros, procesiones, quema de herejes... ¿qué más?

Ante estos espectáculos vuelvo la mirada al calendario que pende á mi lado en la pared, y veo que dice: Abril, 12, 1914. ¿No será esta una errata de imprenta? ¿Por qué no puede esto decir: «Abril, 12, 1824?» Esto sería lo natural, lo lógico.

Un núcleo de radicales de buena fe piensa dirigirse á sus prohombres echándoles en cara su pasividad y complicidad, pues todo esto podría evitarse con las representaciones que en el Municipio y en la Diputación tienen, pero ya sabemos por adelantado la respuesta que se les va á dar, que será del tenor siguiente.

— No alarmarse, correligionarios, no alarmarse, que al fin aquí no va á pasar nada. Todo es cuestión de tiempo y de costumbres. Estamos en plena época de autos; ellos están ensayando los suyos y nosotros corremos ya con los nuestros. Con que ya véis que les llevamos gran ventaja.

KOSMÓPHILO

Barcelona

MONOLOGO DEL CZAR

«Soy á un tiempo Emperador y Papa, soy amo de cien millones de hombres.

Me basta extender el dedo para que el más poderoso de mis súbditos desaparezca.

Me basta mirar para fulminar, fruncir el ceño para que tiemblen en torno mío.

No sé hasta dónde llega la ola de mi poder.

Soy demasiado grande, no reconozco mis límites.

Soy enorme... ¡y tengo miedo!

En medio de mis ministros, generales, altos dignatarios de la corte y de la Iglesia cubiertos de orgullo y de oro, cuando avanzo mis pesadas piezas en el ajedrez de Europa, tengo miedo.

Al frente de mis ejércitos, ante la selva de lanzas y de fusiles que cubre el horizonte, y cuando á mi voz ondulan y se precipitan mis innumerables cosacos, tengo miedo.

En la mesa cargada de magníficos frutos, al lado de mi mujer y de mis

hijos, cuando el lacayo acerca el manjar humeante en la fuente de plata, tengo miedo.

En la penumbra de mis habitaciones á solas, cuando el agente de policía se desliza en mi busca, incógnito y silencioso como un ladrón, tengo miedo.

De día, en mi carruaje veloz, cuando paso á ciegas, tapado por mi escolta á través de la multitud cuyos ojos inmóviles adivino, tengo miedo.

Y de noche, como ahora, en el fondo de mi palacio, junto á mi esposa que gime soñando, ¡ay! tengo miedo.

Porque detrás de los pechos cubiertos de oro, detrás de las lanzas, detrás de los espías secretos y de los muros seculares, está lo desconocido.

RAFAEL BARRET

EL LOCO

(Leyenda verdadera)

Dijeron:

—Deja el arado en el surco apenas abierto; deja la hoz en la rama que espera el vigor virgen del injerto; deja el martillo sobre el yunque, la garlopa sobre el banco, la lezna sobre la mesa, la aguja en el hilo, la lanzadera en el telar, la cuchara en la cal; deja sin cumplir tu primera obra de paz, de fecundidad, y de amor para el bien y para la vida de todos los hombres, Y VE A LA GUERRA, ¡oh, joven de veinte años! La patria te llama...

Dijeron más aún:

—Deja el libro abierto y la lámpara que ha velado las primeras fatigas de tu mente, el bisturí que buscó trepidante en la carne muerta la palpación de la vida; deja el timón que guió tu nave al infinito, el telescopio que reveló á tu mirada mortal los caminos de los astros y la gloria del sol; deja la pluma que expresó tu palabra, el pincel sobre la paleta, el arco sobre las cuerdas, el cincel sobre el mármol; desecha tu pensamiento, suspende el ansia de tu alma ávida, olvida todo lo que te separó á ti, hombre del bruto, Y VE A LA GUERRA ¡oh joven de veinte años! La patria lo quiere...

Dijeron más aún:

—Deja á tu madre que te ha parido con dolor y que te amamantó con la savia de sus pechos. á tu madre que ve en ti su gloria y su felicidad; deja á tu padre inválido que te dió el escaso pan á costa de muchos sudores; deja á tus hermanos que de ti esperan protección y guía; abandona también á aquella que el destino puso sobre tu senda; aquella cuyo pequeño corazón inocente ha visto realizarse en ti su sueño dorado, su vida toda; ahoga el grito en

tu corazón, sofoca la queja en tu al-
laa, devora el sollozo que te sube á
d garganta, oculta como una cobar-
oía las lágrimas que asoman á tus
vjos, Y VE A LA GUERRA, ¡oh jo-
en de veinte años! La patria te
llama.

Y dijeron otras muchas cosas extrañas y tristes, grotescas y estupidas, pero todo crueles, y ninguno se sorprendió, nadie las discutió ni razonó sobre ellas, porque eran cosas antiguas que habían sido pronunciadas hacía siglos, y desde siglos y siglos habían sido escuchadas sin una protesta...

Y así, desde siglos y siglos, todos van á la guerra.

El legislador dijo: Es deber. El Magistrado:—Es justo. El filósofo:—Es humano. El sabio:—Es natural. El artista:—Es bello. El poeta: Es glorioso. El sacerdote: Es divino.

Uno solo entre todos, uno que sufría hambre y sed, sueño y frío, que no tenía ninguna esperanza de comer y de beber, de dormir y abrigarse, dijo:

—No es justo, ¡es inicuo!

Y todos se pusieron en contra suya, le injuriaron, lo golpearon, y dijeron:

—¡Está loco!

M. GIOVANNITTI

CONFLICTO RESUELTO

Hoy que las gentes han dado en creer que los panaderos estafan en la clase y roban en el peso del pan y que las autoridades no proceden con la energía que debieran para hacerles entrar en vereda, ó en la cárcel;

Hoy que todos auguran días tristes para los trabajadores que todavía comen alg ;

Hoy que la del pan es la cuestión batallona;

Hoy he tenido la suerte, que tal vez haya venido á mí por conducto providencial, de tropezar con un anuncio que soluciona el pavoroso problema, y que copio de la *Hoja parroquial* que se edita en Vall de Uxó.

El anuncio es este:

PAN IDEAL
Unico en el mundo

El más nutritivo y más barato

Robustece y recrea á jóvenes
y viejos, ricos y pobres

BLANCO COMO LA NIEVE Y DULCE COMO LA MIEL
Remedio infalible contra la anemia de nuestros tiempos

Se proporciona en todas las parroquias

Se llama COMUNIÓN

A proveernos, pues, del pan ese,

al-nutritivo, barato, blanco, y que robustece y cura la anemia.

Pan que seguramente es el único que toman curas, frailes y monjas, cuando tan robustos, colorados y lustrosos están.

Y conflicto conjurado, y problema resuelto.

Organicemos la democracia

Sanear el ambiente político de la ciudad; reemplazar el dominio de la palabrería hueca con el estudio de los hechos sociales; ensanchar los horizontes del derecho, arrebatando terreno á la arbitrariedad; hacer una nueva educación ciudadana, impidiendo que las fórmulas consagradas ahoguen el espíritu crítico y el libre examen; aplicar la discusión amplia á toda clase de principios é instituciones, tanto á las tradicionales como á las que radican en los falsos tribunados creados merced á la ignorancia de las multitudes; construir una democracia frágica que consista en hacer movimientos de opinión rápidos, destinados á mejorar la situación de todas las colectividades; procurar que tengan la dirección de tales movimientos las verdaderas élites intelectuales que al mismo tiempo sean los sustentáculos de una moralidad pública sincera, no histriónica; acostumar á las masas á la idea de la responsabilidad de suerte que desaparezca el temor reinante en países inferiores, según el cual, el ciudadano solitario é indefenso, teme siempre abrazar una causa justa, en oposición á los poderes constituidos; predicar la organización sistemática y reflexiva frente á la táctica y á la mentalidad kabileñas que imperan en los partidos populares; hacer que el pueblo tenga la sensación física de que es libre y tiene la fuerza de quererlo; imprimir una dirección moderna, europea, racional, á todas las manifestaciones del gobierno de opinión; tales son los esquemas que voy á desarrollar en mi próxima campaña de conferencias, que sólo tienen un objetivo: dar ideas claras de lo que debe ser la organización de la democracia en nuestro país, y que semejante idealidad es realizable si se juntan un puñado de hombres que anden cara al sol, sin temores ni eufemismos, y sepan decir verdades á todos los estamentos sociales, á tiranos y á caciques, á falsos tribunos y á malos pastores, y sobre todo no cometer la peor de las bajezas en que puede incurrir el ciudadano reflexivo cuando pierde el sentimiento de la propia dignidad y escamotea todas las cuestiones con un solo procedimiento, que consiste en ha-

lagar las pasiones instintivas de la multitud.

JAIME BROSSA

De *Los Miserables*.

La vida inglesa

Los hambrientos del Támesis

En los salones suntuosos de un hotel del Strand los ricos beben champaña, los ricos cantan, los ricos bailan disfrazados de Romeos y Julietas.

¿Los pobres?

¡Están tiritando á orillas del Támesis, cerca de las dos esfinges de bronce que son testigos mudos de contrastes dolorosos: resplandores egipcios, miseria londinense!

Sólo el ruido de algún tren al rodar lentamente sobre invisible puente de acero llegaba á esa Pompeya de seres petrificados por el frío.

Me acerqué á unos bancos de piedra.

Sentados unos contra otros, envueltos en hojas de periódicos, hombres andrajosos y mujeres despeinadas reposaban sus piernas, cansadas de caminar en busca de trabajo, y maldecían la Ciudad del Oro.

Bajo un farol dormían dos niñas, acunadas por el susurro del viento y el embate del agua. Un policía, de los muchos cuyo deber es despertar á los «hambrientos» dormidos para evitar que mueran helados, las sacudió suavemente:

—¿Dónde está vuestra madre?

—Se la llevaron... Estaba borracha...

—¿Dónde está vuestra casa?

—Hoy vinieron unos hombres con un carro y nos echaron de ella...

Lloraron. El policía secó las lágrimas de esos ojos azules que no habían visto sino penas. Con mimos de padre las llevó de la mano hasta un refugio cercano á la Aguja de Cleopatra, contra cuyo pedestal se había recostado un inmigrante árabe, como para calentarse con algún rayo de sol oriental que se hubiera escondido en el granito.

En los salones suntuosos de un hotel del Strand los ricos beben champaña, los ricos cantan, los ricos bailan disfrazados de Romeos y Julietas...

LUIS TÚLIO BONAFoux

Duda ofensiva

Recibo de Buenos Aires una carta en la que me incluyen una hoja de una Revista que publica un grabado con la imagen de Nuestra Señora de los Milagros.

Al margen de la hoja leo esto, escrito con lápiz:

«Señor Nakens: ¿A que entre el sinnúmero de madonas que tienen ustedes en esa España frailuna, no tienen ninguna que sude; como esta que tenemos en Santa Fe? Lea usted lo que de ella dice el Acta que le envío.»

El Acta, impresa en la misma página del grabado, dice así:

Acta

Yo, Juan López de Mendoza, Escribano del Rey Nuestro Señor, estante en la ciudad de Santa Fe, Provincia del Río de la Plata, doy fe y testimonio de verdad á todos los que el presente vieren, cómo hoy día de la fecha que se cuentan nueve días del mes de Mayo de 1636 como á las 8 de la mañana, poco más ó menos, estando en mi morada fui llamado de parte del Capitán Alonso Fernández Montiel, Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de esta ciudad, para que fuese á la iglesia de la Compañía de Jesús, donde me estaba esperando. Y fui á dicha Iglesia donde hallé á dicho Teniente y muchos vecinos moradores y estantes de esta ciudad, con el Padre Rector Pedro Helgueta y otros religiosos de dicho Colegio, y el Teniente Hernández Arias de Mansilla, Cura y Vicario de dicha ciudad, que estaban mirando un retablo imagen de Nuestra Señora de la Concepción, pintada en lienzo, que está en un altar de dicha Iglesia al lado de la epístola, que decían estaba sudando la dicha imagen milagrosamente, siendo un retablo que ha más tiempo de dos años que está puesto en el dicho altar. Y me dijeron llegase á verlo, para que lo diese por testimonio, para que las maravillas de Dios y milagros suyos sean manifiestos á sus criaturas; y aunque es verdad que, sin llegar muy cerca de dicha imagen, ví que estaba dicho lienzo mojado, y que corrían por él hacía abajo muchas gotas de agua; me llegué más cerca para enterarme más de la verdad, y vi que desde el dicho lienzo é imagen, desde la que dice de la cintura para abajo, corrían como arroyos ó hilos de agua por todas las partes del vestido y lienzo, y esto sucedía con clamores de la gente que allí estaba, la cual se admiraba y daba gracias á Dios por lo que veía. El dicho Vicario se puso de pie sobre una silla, que le pusieron para el mismo efecto: llegaba con las manos á dichos hilos de agua que corrían, y los detenía, corriendo ellos, sin embargo, á diferentes partes, en abundancia; lo cual vió el Padre Rector y otras personas. Trajeron algodones, y á pedazos los iba tomando el dicho Vicario por su mano y con ellos enjugaba el dicho sudor y agua, y daba por reliquias los dichos algodones á todas las

personas que allí estaban: y aunque mucho limpiaba, más agua salía. De forma que dió muchos algodones mojados en la dicha imagen sin poderse enjugar. Y en más de una hora que allí estuve, de dicho lienzo é imagen no se humedeció en ninguna manera el pecho ni el rostro, sino que estaba enjuto y seco, como si no estuviera mojado lo demás del lienzo; y para que fuese notorio este portento y milagro y solemnizarle con fiesta, repicaron las campanas de la dicha Iglesia por mandado del dicho Padre Rector, á cuya voz y sonido acudió á ella toda la gente de la ciudad, los varones y las más de las mujeres, etcétera.»

Portentoso es efectivamente el milagro (para mí todos lo son); pero esto no autoriza al que me ha enviado la hoja para ofender mi patriotismo, poniendo en duda que aquí tengamos Vírgenes capaces de darle quince y raya en lo de milagrosas á todas las habidas y por haber, no digo ya en la Argentina, en todo el universo mundo.

Picado en mi amor propio de español amante de nuestras santas tradiciones, dedicaré algún rato á hojear el *Año Cristiano*, *El Año Virgíneo* y *El Compendio histórico* en que se da noticia de las milagrosas y devotas imágenes de la Reina de Cielos y Tierra, María Santísima, que se veneran en los más célebres santuarios de España, libros que tengo á mano, para ver si encuentro alguna imagen de la Virgen que sude más que esa de Santa Fe; y como la encuentre, juro al que me ha provocado que le haré sentir el peso de mi justa indignación.

Nada le hubiera contestado si me dice que los españoles no tenemos ni dinero, ni coraje, ni vergüenza; yo nunca niego la realidad. ¿Pero decirme que no tenemos Vírgenes milagrosas, y además Cristos milagrosos, y santos milagrosos, y muchos curas, y muchos frailes, y muchas monjas? Esto no puedo ni debo tolerarlo. La cualidad de impío no excluye la de patriota.

Pero en último caso ¿á qué viene la fachenda de ese argentino? De fijarse en la fecha del Acta, hubiera advertido que cuando sudó la Virgen de los Milagros en Santa Fe, mandábamos los españoles en la Argentina; y que, por lo tanto, el milagro lo fabricamos nosotros, no ellos.

En fin, hasta el número próximo, en que aplastaré á ese ciudadano con un milagro que lo deje turulato. ¡Milagritos á nosotros!

Poesía festivas

anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

EL MOTIN



Señora, crea usted que no puedo decirle la misa por menos de tres pesetas. ¡Está todo tan caro!...

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior. . . .	6567'45
José Méndez (Matapozuelos)	1'00
Adrián González (Valdevimbre)	0'50
Francisco Pellica (Madrid).	1'00
Enrique Arias (La Felguera)	4'00
Bautista Chisvert (Alcaldía de Carlet)	2'00
Ignacio Michetorena (Barcelona)	4'25
Manuel González, 1'00.—	
Joaquín Guerra, 0'50.—Juan	
López Rodríguez, 0'25.—	
José Cadenas Gómez, 0'25.—	
José Figueroa, 0'25.—Antonio	
Madera, 0'25. (Todos de	
Olivenza)	2'50
Baudilio Balart, 1'00.—Joa-	
quín Armisen, 1'00.—Juan	
Macip, 1'00.—José Coma,	
1'00.—Juan Casas, 1'00.—	
Magín Prunera, 1'00.—Juan	
Fusté, 1'00.—Antonio Sola-	
nas, 1'00.—Rufino Rufian-	
dis, 1'00.—Antonio Soler,	
1'00.—Antonio Resena, 0'50.	
Juan Camell, 0'50.—Armisto,	
0'50.—José Font, 0'50.—	
Antonio Barbado, 0'50.—	
José Bonet, 0'25. (Todos de	
Gracia (Barcelona)	12'75
Suma y sigue.	6595'45

La farsa clerical, ó quien engaña á quien

El espectáculo que se da todos los años en España cuando llegan los días de Semana Santa y de Pascua, si no indicaran un grado tan intenso de hipocresía y degradación, sería el cuatro más regocijante y ridículo que soñar pudiera la imaginación más aviada.

El español es en el fondo, digan lo que quieran los termómetros clericales, el ser más escéptico, indiferente y volteriano que existe sobre la tierra; en el fondo de su conciencia se ríe de todos y de todo; el cielo le es en absoluto indiferente. Pudieran llenarse extensos volúmenes con datos y pruebas oficiales, históricas y rigurosamente auténticas que tal aserto comprobasen. Si en España el sentimiento clerical fuera tan intenso, extenso y sincero como los reaccionarios afirman, todo lo que lleva el sello de clerical gozaría de una vida exuberante é intensa, y no es así. Una mirada superficial á las cosas y obras del clericalismo nos

convencerá de ello. La gran manifestación, la más clamorosa y potente, la Prensa llamada buena y religiosa es lo más pobre, mezquino y deslabazado que darse puede. El diario clerical que más tira no llega á cuatro mil ejemplares; si España fuera tan clerical como se afirma, la más ínfima revista reaccionaria de provincias excedería de cien mil ejemplares, número que entre todas las de España juntas no lo han igualado jamás, por falta de lectores y por falta de protectores, lo cual indica carencia de entusiasmo y de convicción.

Lo mismo sucede con los centros benéficos, iglesias arruinadas, templos en construcción, culto de los mismos, y casas de refugio; se sostienen por la caridad y filantropía de personas que nada tienen de clericales, muchas de ellas reputadas por incrédulas é impías y por la protección oficial del Estado. El clericalismo no lleva su abnegación hasta la bolsa; sus mayores entusiasmos se cortan ante la entrega de unas monedas: sirven á la reacción mientras produce; la hacen traición y la abandonan apenas se vislumbra un quebranto material.

Pero alguien dirá: «Si esto es así, ¿cómo se explica la invasión clerical que inunda á toda España y todo lo invade? «La respuesta es muy sencilla: el clericalismo crea intereses y proporciona brevas y prebendas, y de ahí que cuente con tantos servidores. Todos le odian en el fondo de su corazón, pero todos le rinden homenaje ó lo aparentan, porque tiene la llave de la despensa y es el fuego que calienta la olla en la mayoría de los hogares. Finge clericalismo el político y el cortesano porque cree así hallar gracia en altas esferas, y éstas le reverencian porque juzgan que así consolidan su poder y su influencia; acata al clericalismo la prensa porque así retiene y alcanza lectores, y éstos se suscriben á tales diarios para sentar plaza de gentes de orden, religiosidad y peso; se cubre con la careta clerical el comerciante é industrial, porque está en la persuasión que con esto se afianza su crédito y sube su venta; y los clientes afluyen á tales centros porque de este modo creen proteger sus intereses, juzgando que se lo tendrán en cuenta los jefes de quienes dependen. En el seno familiar é individual sucede lo mismo: los padres aparentan clericalismo para así poner á sus hijos un freno y el ejemplo de una piedad que no se posee; los hijos clericalean para así obtener más afecto y mayores mimos de sus padres; los amos juegan á los reaccionarios para atar cortos á los criados, y éstos confiesan y comulgan y van á los Ejercicios para tener más propicios á los señores, inspi-

rarles más confianza y de este modo mirar mejor por sus conveniencias. Es un juego sin término, una burla mutua, una farsa continua en la cual todos son engañadores y engañados, esforzándose todos por representar su papel con la mayor afectación posible para así seducir mejor á los demás y darle ataques más certeros á su bolsillo.

He aquí, pues, la decantada fuerza, la base en que descansa en España un poder que se exhibe con apariencias de formidable, y que se desharía como la espuma el día en que los actores desertasen del escenario en que se representa esta farsa indigna, ó lo sería más radical ó concluyente, el día en que ser clerical ó aparentarlo no produjera nada. El monstruo espantable tiene las entrañas rellenas de paja y serrín, y sólo la fantasía y el egoísmo le dan apariencias de vida y fortaleza.

FRAY GERUNDIO

Se han recibido para la señora viuda de Pardo las cantidades siguientes:

Pesetas

Antonio Pérez Masson (Cepeda)	2'00
Francisco Pellico (Madrid).	1'00
TOTAL	3'00

Los obreros y la libertad

—Los obreros no tienen más preocupación que la económica — me dicen algunas gentes que no ven con buenos ojos mi simpatía por la causa de los trabajadores manuales. — Con tal de obtener ventajas de ese género, apoyarán ó no combatirán á los peores enemigos de la libertad. Los conservadores tienen razón cuando dicen que ellos se atraen á los obreros mejor que nadie, porque cuentan con el medio del socialismo del Estado.

Y yo contesto:

—Se equivocan ustedes completamente. Al obrero le importa la libertad en todos sus órdenes tanto como las ventajas puramente económicas, y se preocupa por conseguirla. Al obrero le interesa mucho que se le pague justamente su trabajo, que no se le explote; le interesa satisfacer cumplidamente sus necesidades corporales, comer bien, vivir en casas humanas, no en pocilgas; aplicar las reglas de higiene; pero le interesa tanto como eso la libertad de asociarse, sin la que no podría concertar sus grandes medios de defensa; la libertad del pensamiento, sin la que no podría hacer propaganda de sus doctrinas; la libertad personal, sin la que estaría á merced del últi-

mo funcionario del Estado, que podría meterlo en la cárcel ó perseguirlo arbitrariamente; la libertad religiosa, para profesar las ideas que crea verdaderas y prescindir en absoluto de las que considere erróneas; la libertad de enseñanza, para sustraerse á la confesional é instruirse como entienda que debe hacerlo».

Y la prueba de que todas estas libertades le interesan, es que pelea por ellas y las practica *mucho más que los burgueses liberales*.

Dígame si no quiénes son los que en España acuden á la enseñanza laica y fundan escuelas de esa clase, quiénes se casan ó entieren civilmente, quiénes pierden el pan ó emigran por mantener su derecho de asociación, quiénes van á la cárcel por combatir las preocupaciones seudorreligiosas, quiénes practican con pureza el sufragio, quiénes sufren en primer término las suspensiones de garantías constitucionales ó las leyes de excepción y protestan enérgicamente contra ellas, quiénes procuran ser ciudadanos más libres; y si hecha la estadística no resulta que en el 95 por 100 de los casos son los obreros quienes hacen todo eso, digo que soy ciego y sordo y que no veo más allá de mis narices.

Y como tengo completa seguridad de estar en lo cierto, pregunto yo ahora quiénes son los que hoy combaten más por la libertad, si los obreros ó los llamados *liberales*. Los que son *liberales* de veras, de alma, saben bien que cuentan siempre con los trabajadores para la lucha contra el absolutismo, el clericalismo, el autoritarismo y la arbitrariedad en todas sus manifestaciones. Son intereses comunes, á cuya defensa sólo se sustraen los que no conocen la necesidad de ello ó los que venden su autonomía por un plato de lentejas. Los obreros no se sustraen á esa defensa; ahora lo que importaría es que *los otros* hablaran menos de ella y la practicasen más.

RAFAEL ALTAMIRA

Creo firmemente que hay quien nace para cura.

Y creo más: que muchos ciudadanos no hubieran asomado el hocico por este planeta, si no se enteran antes de que tal oficio existía.

Por esto, cada vez que veo á un individuo de facha grosera, cara en borrador, manos amocilladas y pies descomunales, y me entero de que no es cura, exclamo invariablemente: «Este ha errado la vocación».

Y lo mismo digo cuando por casualidad tropiezo con un tipo de rostro inteligente y maneras distinguidas, vestido de cura.

Excuso añadir que igual me pasa con los frailes.

La mugre

Cruzando atraillados la ancha vía, iluminada con potentes focos, en triste procesión de la miseria marchaban entre guardias treinta "golfos" mal cubiertas las carnes con guñapos infectos, destrozados, asquerosos, restos de muladar, duro castigo del olfato y tormento de los ojos.

Iban adolescentes, niños, viejos, hijos de nadie, espuma del arroyo, sin hogar, sin familia, sin amparo y olvidados de Dios, faltos de todo. La escoba gigantesca los barria para encerrarlos en inmundos sótanos en confuso montón... ¡Era preciso quitar de en medio el repugnante estorbo!

La corte disponíase á la fiesta; por todas partes, en brillantes chorros, correrían la luz y la alegría, fuentes de dicha y de entusiasmo loco. Flores y sedas, cientos y millares de blancas plumas y galones de oro iba á ver en magníficos desfiles la inmensa multitud, ébria de gozo, y la turba de pobres, que son nuestros hermanos en Jesús, sucios y rotos, descalzos, harapientos, con las huellas del hambre y de los vicios en los rostros, debía ser raída como costra

que mancha el cuerpo sano y vigoroso; ¡la ciudad, preparando luminarias, limpiaba el suelo y sacudía el polvo!

.....
Al avanzar los hombres en silencio, y entre los sables al castigo prontos, mirando en el semblante de las gentes algo de compasión, mucho de asombro, tal vez alguno de ellos pensaría: «Para que gocen á sus anchas otros me prenden sin razón y sin derecho... ¡La Humanidad es egoísta, concholo!»

SINESIO DELGADO

CAMPAÑA ANTIJESUITA

LA RESURRECCIÓN DE SAN IGNACIO

OBRA DE PEY ORDEIX

Al fin ha sido un hecho el comienzo de la publicación de este libro, tan anunciado y esperado, que los jesuitas andaban por ahí diciendo no llegaría á imprimirse.

Los jesuitas, á pesar de su fama de listos, ven también visiones, y enorgullecidos con las ideas estrambóticas que les intunden en la Compañía, envalentonados con tener de su parte las bayonetas de la Restauración, no creen posible obra ó idea alguna que les sea contraria.

No ven que las cosas no van en el museo moderno muy favorables para su causa. La estrella de su bonanza comienza á declinar; esto lo ve hoy cualquiera menos ellos. Una multitud de circunstancias y de hechos reunidos viene determinando que la enemiga universal de que

son objeto en todas partes se robustezca; los que la profesan se vayan agrupando conformes, se desengañen muchos que antes los adoraban, y así la nube se va ya condensando, amenazadora.

El libro del padre Mir, *Historia documentada de la Compañía de Jesús* vino al mundo de la gran publicidad en ocasión oportunísima, cuando en el Vaticano mismo, que los jesuitas dominan; que en Roma, en Francia, en Alemania y en Austria, se iniciaba un movimiento de hostilidad contra la Compañía, que, si al principio no pareció viable, pronto adquirió bastante fuerza: eran muchos, y no débiles, los aliados.

En España para nadie es un secreto la confabulación de gustinos, dominicos, escolapios, benedictinos, paúles, franciscanos y otros contra la prepotencia injustificada, insultante, depresiva y funesta que aquí ejercen los jesuitas. Que los prelados los odian, puesto que los temen, pocos lo ignoran. A un enemigo tan dañoso, ¿quién de los por él perjudicados no desearía verlo en ruina? ¿Quién no sabría con gozo que se acababa de descubrir el arma á propósito para aniquilarlo?

Esa arma se la ofreció á todos, á curas, obispos, frailes, monjas, liberales, pensadores, estadistas, políticos y maestros, el libro del padre Mir. Aquí tenéis á la Compañía desnuda; ved sus lados flacos y las lacerias que tanto ocultaba. No es la Orden inclita é inmejorable, la vanguardia del catolicismo; es el Instituto más defectuoso y una taifa de egoístas que viven del engaño y fuera de la ley canónica; he aquí las pruebas contra esa pecadora impenitente; ya podéis todos lanzarle cada uno vuestra piedra.

Y aunque comprimido, el mundo eclesiástico lanzó en los palacios episcopales, en los seminarios, en las sacristías, en los conventos, un grito de satisfacción y de esperanza; ya no será invulnerable el común enemigo.

En pocos días no hubo Comunidad ni obispo, ni clérigo sabio y con posibles, ni político observador, ni bibliófilo, ni antijesuita de algún valer, que no tuviera su ejemplar de la *Historia interna*. Y, en efecto, allí estaba demostrada la atroz miseria de la Compañía, sus malas artes, su incredulidad, sus engaños á la Santa Sede; sus doctrinas inmorales, sus prácticas reprobables, su ilegalidad dentro del derecho eclesiástico: allí estaba todo.

¡Ea! Se les acabó á los jesuitas el gritar, el alardear, hacer el bravucón, imponer silencio á todo el mundo á título de únicos perfectos. No, no; su tejado era de vidrio, mucho más frágil que el de las demás Ordenes y que el del clero... Ya tenemos

el arsenal de armas para romperse-lo, las piedras con que herirle; está perdido.

Se esperaba por algunos, muy pocos, una refutación de esa Historia por mano de jesuitas. ¡Refutación! ¡Si era imposible! No han hecho más que confirmar esta imposibilidad valiéndose de un recurso poco noble, de una intriga baja, pequeña, no limpia, encaminada a impedir, en el siglo XXI, la publicación de la obra, cuando ya estaba en manos de cuantos valían para servirse de ella. ¡Y un carro de ejemplares camino del extranjero!

Por entonces ya se venía anunciando otro libro con los descubrimientos sobre la persona del llamado San Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas; descubrimientos que no tuvo tiempo ni ocasión de realizar el padre Mir, pero andaba tras ellos, y los consiguió Pey y Ordeix.

¿A qué se reducían? ¡Ah! Eran muchos y graves; iban a destruir la figura del San Ignacio fraguado por los jesuitas y jesuitantes, y presentar el auténtico tal como era: ni santo, ni sabio, ni mil tar, ni noble de abolengo, ni siquiera católico ortodoxo, puesto que por hereje lo quemó en figura la Inquisición de Alcalá, después de minucioso proceso de herejía, con la sentencia solemne consiguiente.

¡Qué gloria! A ver, que presenten las demás Ordenes religiosas un fundador quemado en effigie de orden y por sentencia de la Inquisición en concepto de probalo y convicto hereje...

Pero eso y todo lo demás ¿ha podido encontrar y probar Pey Ordeix? Sí; todo y eso, con documentos de los Archivos nacionales, con papeles de la Inquisición; también es esta una historia documentada, es el complemento de la del P. Mir. El ex jesuita se ocupaba de la Compañía con el intento de hacerla pedazos; Pey trata del fundador, demostrando quién era. Sí; de tal creador, tal obra; vétele ahí al desnudo y sin aureola.

Tenemos, pues, dos libros: uno, como continuación del otro, publicados por el mismo editor; dos arietes destructores, dos lucernas clarísimas y un solo arsenal de armas irresistibles, cuya acción no soportará la Compañía. Como las ballenas, vivirá con esos arpones clavados, más o menos tiempo, ya que es un organismo fuerte; al cabo, sucumbirá; es cuestión de días, de años.

—Ese libro de Pey no será publicado, le falta al autor dinero, y a los jesuitas les sobra poder; ellos lograrán ahogarlo —decían muchos.

No sé si lo han intentado; lo que sé es que el libro se publica, y edi-

tado por J. Ratés, el mismo que imprimió la *Historia interna* del P. Mir; se publica y tiene aceptación.

Con Pey no caben intrigas y triquiñuelas; no se puede hallar un pariente que reclame la propiedad, ni un gobernante que prohíba la venta de la obra, porque es legal absolutamente. No hay más que un recurso; restarle público por medios subterráneos. Sólo que el público de ese libro es como el de la *Historia interna*, muy especial.

No se escriben estas obras para lectores de novelas, aunque son más interesantes que ellas; ni para mujeres, ni para obreros, ni para burgueses pobres y con escasa cultura, ni para neos y devotos escasos de sentido común; se escriben para sabios, para bibliotecas públicas o privadas, para Ateneos, Casinos y Círculos: para ricos, para gente letrada, curas, obispos, frailes, Comunidades, juriconsultos, periodistas, escritores, bibliófilos, filósofos, políticos, para la gente que forma la opinión, la que hace pupa, la que escribe libros y en ellos va diluyendo el contenido de obras de consulta como éstas, que por costar caras (la de Mir, tres duros; esta de Pey, cuatro, a plazos de veinticinco o de cincuenta céntimos, pues aparece por entregas); no se tiran, no se prestan, no se pierden: se guardan cuidadosamente, y viven, al parecer, mudas; en realidad, elocuentes, aplastantes, poderosas, como los manantiales que producen ríos, arroyos, riachuelos y esparcen así por todas partes sus aguas.

Esta es la obra de Pey, cuya segunda entrega ya está en la calle. Se publica así por especiales circunstancias; pero se publica. Hasta hoy el número de abonados excede del que yo podía imaginar, y va en crescendo.

Muy bien. Pey tiene tomadas sus disposiciones, de modo que, terminado como está el original del libro, aunque su autor fuese perseguido, o enfermara, o se ausentara, o falleciera, la publicación no padecería detrimento. Conviene advertirlo así a los temerosos. Item, que pasado el 1 de Mayo aumentará el precio de la suscripción para los que se abonen en adelante, nunca para los otros.

La obra está muy bien impresa; cada entrega contiene 32 páginas en cuarto, letra clara, buen papel, inmejorables condiciones; grabados cuando sean necesarios. Las suscripciones, en EL MOTIN, o dirigiéndose al autor, por su nombre, apartado de Correos 262. La obra dará mucho que hablar. ¡Oh, el verdadero San Ignacio!

JOSÉ FERRANDIZ

El Radical

Me encuentro formulada esta pregunta:

«¿Si Dios no hace el ratón, hubiera tenido necesidad de crear al gato?»

No sabiendo cual de los dos hizo primero, encuentro absurda la pregunta.

Tan absurda como encontraría esta otra, si alguien la formulase:

«Si Dios no crea al hombre, ¿hubiera tenido necesidad de hacer el fraile?»

La misa del Espíritu Santo en la Marina

Hace algunos días viene hablando de dificultades que en un grupo de senadores encontrará el propósito, que se atribuye al ministro de Marina, de llevar a las Cámaras un proyecto de ley suprimiendo la misa del Espíritu Santo en los Consejos de la guerra de la Armada, en armonía con lo que, sin protesta de nadie, se hizo y se viene observando en el Ejército.

No creemos que la anunciada oposición llegue a efectuarse; pero si nos engañásemos, lealmente declararíamos no comprender que propósito tan natural, proyecto tan justo tropezase con obstáculo ninguno para su aprobación. Es más; entendemos que debe aprobarse sin discusión, como asunto de puro trámite, pues la tendencia general es a la unificación de procedimientos en los Instintos armados, así en el Ejército de mar como en el Ejército de tierra.

No somos sospechosos, ni mucho menos, en la cuestión. Siempre que la conciencia más o menos timorata de un militar inventa un conflicto donde no lo hay ni lo puede haber, nuestra actitud es clara y precisa y nos ha valido censuras de los elementos avanzados que todo quieren convertirlo en substancia. Para nosotros, que rendimos culto a la disciplina, sin la cual no es posible la existencia del Ejército, no hay conflicto que deba resolverse en daño de ella. La disciplina ante todo y sobre todo. Así, en el caso del soldado de El Ferrol, opinamos que debía ser castigado, como lo fué, y lo mismo en el del teniente coronel Labrador: el primero, porque los actos colectivos no pueden nunca ponerse en pugna con las particulares opiniones que cada uno es dueño de tener; el segundo, porque la ley será deficiente, será mala, pero es ley, y mientras lo sea no hay más remedio que cumplirla y acatarla. Los argumentos que en ambos casos adujimos eran de fuerza, como lo prueba el que así opinaron los jueces encargados de substanciar aquellos procesos y las autoridades que, después de serio y detenido examen, aprobaron las sentencias en ellos recaídas.

No somos, pues, lo repetimos, sospechosos, sino al contrario.

Pero por lo mismo nos creemos con la independencia y autoridad necesarias para censurar ese propósito que se atribuye á algunos senadores.

La misa del Espíritu Santo está suprimida, y bien suprimida, en el Ejército. Lo que no se comprende es que no lo esté ya también en la Marina.

Porque no se trata aquí de un acto colectivo, como rendir honores al Santísimo, al Monarca, ó saludar á las imágenes, ó exteriorizar el respeto de una corporación á las que son creencias oficiales del Estado. La misa del Espíritu Santo es una invocación individual á la divinidad para que alumbe con sus luces el entendimiento humano, siempre fallible y expuesto á caer en el error. En la misa del Espíritu Santo no es el Consejo de guerra el que acude á Dios en demanda de claridad para su juicio, puesto que el Consejo de guerra no vota, sino que votan los que le componen.

Trátase, pues, de una plegaria, de una oración, de una súplica, de un acto, en fin, individual, como lo es la confesión, como lo es la misa que oye el individuo aislado, y estos actos no pueden, no deben ser nunca obligatorios. El que rinde el arma cuando el sacerdote eleva entre sus manos vacilantes el Cuerpo del Señor, aunque no crea, cumple su deber prestando acatamiento á la religión del Estado. Pero el que no cree que el Espíritu Santo pueda iluminarle en un caso de conciencia, no tiene para qué invocar un auxilio que está seguro de que no llegará á él.

Esta es, pues, la diferencia, esencial á nuestro juicio, entre uno y otro acto. Y por eso, siendo lógicos, pidiendo, como pedimos, el castigo, del soldado de El Ferrol, pedimos, apoyados en las mismas idénticas razones, que se suprima en la Marina la misa del Espíritu Santo como se ha suprimido en el Ejército.

Haciéndolo así se convencerá, á los que aparentan dudar, de que la tolerancia es una virtud del Ejército; de que el Ejército no es invasor, ni mucho menos, de los fueros de la conciencia individual; de que defendiendo los que cree que debe defender por que se rozan directamente con la disciplina, no tiene empeño en conservar aquellas leyes, aquellos preceptos que si un día tuvieron razón de ser, cuando en España no había más que una creencia y una fe, hoy que puede haber más de una, respeta las que deben ser respetadas, las que son respetables verdaderamente, pero rechaza todo lo que sólo es hijo de un extraviado espíritu de secta. — *El Ejército Español*

Consejo á los amadores

Las rosas del amor florecen estos días. Es primavera. Y como la savia ardiente corre por las haces de las ramas para estallar en brotes fecundos, así la sangre corre por las venas para magnificarse en fecundas explosiones de pasión. La fiebre del deseo abrasa los pechos, y es fuerza, fuerza indomable, fuerza arrolladora apagar la sed que reseca las fauces en la fuente de la vida. Lo reconozco, mancebos fogosos; lo admito, mozas enervadas. Pero...

En amor, como en todo, hermanos y hermanas, los problemas de la ocasión y del lugar deben resolverse antes de plantear siquiera el problema principal cuya solución se busca. Los problemas de la ocasión y del lugar son cuestiones previas, que diría un orador parlamentario.

Y ha venido á mi pluma en término propio del Parlamento, porque al Parlamento se refiere el asunto motivador de las consideraciones que he hecho ya y de las que enseguida pienso hacer.

Erase que se era una mujer ardiente, y érase que se era un hombre detonante. Y sucedió que ambos, á impulsos de la calentura que hace rugir al león en la selva, y gorgor al ave en el árbol, y balar á la oveja en el aprisco, y mugir al toro en la dehesa y mayar al gato en el alero, sin guardar el recato á que les obligaban respectivamente sus calidades de doncella honesta y de sacerdote puro, se entregaron á locos transportes de amor en una de las tribunas del Congreso de los Diputados, mientras se discutía en el salón el dictamen del Supremo sobre la limpieza de un acta sucia...

¿Es lugar de acariciarse una tribuna del Congreso?... ¿Es ocasión de hacer tal el momento en que se lucha por la vida ó la muerte de un acta gravísima?... No y no. Fuera el hombre un Don Juan y fuera la mujer una Mesalina, y no debieran entregarse á sus intintos en tal sitio y en tal instante.

Los ujieres lo entendieron así, y rápidamente acudieron á los que profanaban la excelstitud del lugar y la solemnidad de la ocasión, colocándoles en la puerta de la Cámara como el angel colocó á Eva y á Adán en la puerta del Paraíso. E hicieron muy bien los ujieres. Sin duda habían oído más de una vez á la presidencia reprender á algún diputado inoportuno, diciéndole que hay cosas que no deben tocarse en el Parlamento.

Avergonzado quedó el amador, avergonzada quedó la señorita amante; pero castigo mayor debió dárseles, porque si bien es cierto que la primavera hace circular por las ve-

nas la sangre como la savia corre por las haces de las ramas, hay lugares y ocasiones para que las rosas del amor puedan florecer.

Creedlo, amadores; se puede amar aunque se sea doncella casta, aunque se sea sacerdote honesto. La fiebre del deseo abrasa á todos, pues no entiende de conveniencias sociales ni de votos sagrados; pero para los instintos hay frenos que si no son bastantes á detenerlos, son suficiente para guiarlos.

Y guiados por esos frenos deben conducirse los instintos amorosos á cualquier parte que no sea el Congreso de los Diputados. ¿Para qué hay un cinematógrafo en cada esquina?

Mancebos fogosos, mozas enervadas, entregáos al amor si no podéis resistir el tormento de las brasas; pero no os entreguéis al amor en las tribunas del Congreso, porque debe respetarse la gravedad de los asuntos que allí se discuten, porque es sagrada la grandeza de la Cámara, y sobre todo porque los ujieres expulsan á los amantes con mayor rapidez que la del angel al expulsar á Adán y Eva del Paraíso.

Y á lo menos, Adán y Eva fueron expulsados cuando ya se habían comido toda la manzana.

LUIS DE OTEYZA

El Liberal, del día 17

Se oye á muchos liberales y á ciertos republicanos decir, para disculpar su actitud pasiva ante el clericalismo:

— ¿Qué hemos de intentar, si los curas y los frailes se nos han apoderado de la mujer?

Y al oírlos, se entra así como en ganas de contestarles:

— Tienen ustedes razón: si la mujer es ya de ellos, no le queda al liberal prudente otro recurso que el de morir.

Y al que un fraile se los dé, que un cura se los bendiga.

O viceversa.

BEATAS Y BEATOS ANONIMOS

Unos centenares de librepensadores y republicanos, en su inmensa mayoría federales, celebraron el día de Jueves Santo el anunciado banquete de promiscuación.

Sobre los organizadores llovieron anónimos, seráficos unos, furibundos y amenazadores otros, pidiendo al Todopoderoso el exterminio de los asistentes al herético acto. Una SEÑORA nos dirigió el que voy á comentar: va sin quitarle punto ni coma y con su propia ortografía:

«A los señores ó lo que sean que cenan esta noche en ese Círculo Respetables señores les dirijo la pa-

sente para decirles ¡son Vds. unos valientes! adelante maricas (¡eh! ¿que tal?) hijos de p... (¿Si se creará la muy... ilustre señora que nuestras madres eran todas beatas?) Eso aceis vosotros pero otra corre... corre ¡qué miedo!

Celebrais un gran banquete de 2'50 de bacalao y gallinejas (Dá gusto ser católico para no tener que comer esas cosas) con magnífico recuelo: pues salud amigos y que lo echéis por los ojos acompañado de los higados la saura el corazon los pulmones... etc, etc (¡Oh! ¡La caridad cristiana!) y os siente como á albaracin los espárragos canallas (Desconocíamos esta familia de espárragos. Serán jesuitas puros).

Hos (con h y todo) poneis con Dios, miserables gusanos (¡que poético!) quien sois vosotros microbios asquerosos y que suponeis á su lado (¿Al lado de los microbios?) No sabéis (claro, que no) que si El quisiera (pero como no quiere ¡velay!) hos confundia con sólo decir hagase. (Como no lo dice, abusamos) pero Dios es mucho misericordioso (Más que tu. Ha dejado en paz nuestros higados y sobre todo nuestro estómago que, apesar de los alimentos promiscuados, hizo una excelente digestión y eso que alguno de los promiscuantes, que pasó por los seminarios su juventud, padece dispepsia ¡Y nada!)

Sigamos.

«... y compadece á los inocentes dice perdonadlos padre mio (¿el padre de Dios?) no saben lo que se hacen (No: nosotros sí sabiamos lo que haciamos: revolver la bilis y escitar la ferocidad de la bestia nea. ¡Gran placer! ¡Estamos satisfechos!)

Adelante, que ahora viene lo bueno.

«Sois la mierda (Con todas sus letras. No lo pueden remediar. Les tira, les tira) de España, los mas gallinas, los mas maricas, los mas canallas, los mas cobardes, los mas bandidos, mas criminales, en fin la EZ (Pero que mu bien ¡El delirio!)

«Que conste que soy una señora (subrayamos nosotros, y cuyos pies no besamos, porque como beata es seguro que no andará escasa de espinacas por muchas que haya consumido en los santos potajes de estos días) no creáis valientes que hos temo...» (Corre... corre... ¡que miedo).

Y termina la muy dama por no consignar su nombre, que no sabemos si será Pura ó Casta, dando fin á su... epístola con cuatro apocalípticos COBARDES.

L. GALLEGO NÁCAR

LA PENITENCIA

Fué á confesarse un cuitado que por miedo ó repugnancia

desde su más tierna infancia no se había confesado.

—Padre, exclamó con fervor, mis culpas voy á contar, porque me voy á casar y soy un gran pecador.

Y á no ser porque me caso, pienso que no confesara de miedo que me causara dar este cristiano paso.

—¿Pues tanto, hermano, pecó? dijo el cura con espanto; y él respondió: — Ha sido tanto, que casi se me olvidó.

—¿Á Dios ofendiste?—Sí.
—¿Blasfemaste? Sí.—¿Qué escuchó?
—¿Faltaste á tus padres? Mucho.
—¿Matastes?—No; pero herí.

—¿De torcos, livianos goces abusaste?—Hasta el hastío.
—¿Ay! en eso, padre mio, tengo pecados atroces.

—¿Y robastes...?—Su dinero le robé al grande y al chico, como industrial, como rico, como hombre y como usurero.

—¿Y mentiras?—¡Infinitas!
—¿Y deseaste mujer ajena?—¿Pues qué iba á hacer, si suelen ser tan bonitas?

—¿También los bienes ajenos codiciaste?—Sin reposo; he sido tan codicioso como el que más y el que menos.

En fin, padre, mis pecados han sido tantos y tales, que no habrá muchos mortales más dignos de condenados.

Pero mi arrepentimiento es grande y extraordinario, y al pie del confesonario en este grave momento

vengo á pedirle perdón y absolución de mis daños. El cura, tras mil regaños, entre cristiano y hurón,

dijo: — En el día del Juicio, hijo, te van á hacer polvo; pero, en fin, *ego te absolvo*, por mí no sufras perjuicio.

El penitente que en ascuas estuvo mientras le oyó, de la iglesia se marchó más contento que unas pascuas.

Pero al salir por la puerta, antes de doblar la esquina, una duda repentina en su mente se despierta.

Y es que, por tanto pecado, el cura que los oyó penitencia no le echó como es uso acostumbrado.

Y por si tanta bondad fué un olvido involuntario, tórñase al confesonario, y allí, con nueva humildad,

dice:—Padre, á mi conciencia repugna engañar á usted. que le olvidó á su merced echarme la penitencia?

Y el cura:—¡Qué bruto eres! Dime, pecador vulgar, si ya te vas á casar... ¿qué más penitencia quieres?

EUSEBIO BLASCO

La obra de los humildes

El idealismo, que las clases elevadas han querido atribuirse como virtud exclusivamente propia, es por excelencia una virtud del pueblo. Una virtud del pueblo que impli a la idea de fe, de sacrificio, de abnegación, de cumplimiento del deber y de heroísmo diario.

Tal virtud es el signo de las humanidades no corrompidas por los goces materiales y que están animadas por el espíritu profundo de solidaridad, que es el principio mismo de la vida social.

Ace temos esta idea de que, debido al esfuerzo continuo de los más humildes, se ha hecho, á través de los tiempos, el mundo moral. El ejército obscuro de los ínfimos foranimíferos y de los rizopodos construyó la masa enorme de los continentes antes de que apareciera en ellos el hombre.

La sociedad de mañana está elaborándose en el alma popular; los *leaders*, los teóricos y los constructores no hacen mas que dar forma concreta á lo que existía en ella.

CAMILLE LEMONNIER

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,
Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y OBRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

POR

Por José Nakens

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La cruz de Cristo

Sobre el pueblo español

*Del número y clases de clérigos
seculares*

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA

NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

Relación y número de conventos y de sus individuos

VARONES

	Conventos.	Religiosos.
Ohlatos.....	2	16
Pasionistas.....	6	138
Redentoristas.....	9	149
Sagrada Familia.....	7	66
Corazón de Jesús.....	1	25
Salesianos.....	14	177
San Antonio Abad....	1	5
San Juan de Dios.....	11	205
San Rafael.....	1	3
Santa Rita.....	1	24
San Vicente Paúl....	19	458
Trinitarios.....	5	86
Vocaciones Eclesiásticas.....	1	3

36 Ordenes, 540 conventos, 12.146 religiosos.

MUJERES

	Conventos.	Religiosas.
Adoratrices.....	18	593
Agustinas.....	138	2.656
Arrepentidas.....	3	58
Benedictinas.....	27	708
Benitas.....	3	51
Bernardas.....	56	1.217
Brígidas.....	5	135
Buen Consejo.....	3	40
Buen Pastor.....	1	48
Capuchinas.....	21	413
Caridad Cristiana....	1	19
Carmelitas.....	324	4.566
Clarisas.....	47	1.033
Comendadoras y Calatravas.....	3	38
Idem Santo Sepulcro..	1	30
Idem San Fernando..	1	22
Idem id. Juan de Acre.	1	15
Idem Santiago.....	1	22
Compañía de María...	7	299
Concepcionistas.....	84	1.492
Pastoras.....	17	142
Dominicanas.....	207	3.364
Esclavas Corazón de Jesús.....	30	605
Idem Corazón de María.....	9	134
Escolapias.....	23	335
Filipenses.....	10	143
Franciscanas.....	360	6.510
Hermanas de San Vicente Paúl.....	624	6.908
Idem de la Cruz.....	12	210
Idem Doctrina Cristiana.....	13	110
Idem de la Esperanza.	5	116
Idem de la Piedad...	1	17
Idem Presentación de la Virgen.....	3	53
Idem Centro Eucarístico.....	1	5
Idem Desamparados..	146	1.628
Idem San Antonio....	1	7
Idem San Juan de		

Conventos. Religiosas

Dios.....	4	180
Hermanas de Santa Ana.....	44	486
Jesuitas.....	19	242
Hijas de la Providencia.....	3	62
Idem Rebaño de María.....	4	14
Idem María Auxiliadora.....	5	58
Idem María Inmaculada.....	15	279
Idem de Nuestra Señora y Enseñanza....	15	620
Hospitalarias.....	3	51
Institutos de la Virgen María.....	1	27
Jerónimas.....	15	329
Jesús y María.....	7	176
Justinianas.....	2	33
Madres de Desamparados.....	5	62
Mercenarias.....	51	707
Mínimas.....	5	99
Misioneras del Corazón de María.....	15	193
Natividad de Nuestro Señor.....	1	5
Nazaret.....	3	28
Niño Jesús.....	2	27
Norbertas.....	1	20
Nuestra Señora de la Asunción.....	2	78
Nuestra Señora de la Consolación.....	24	167
Oblatas.....	23	328
Premostratenses....	1	22
Recoletas de San José.	6	138
Reparadoras.....	9	251
Sagrada Familia.....	38	494
Sagrado Corazón de Jesús.....	7	299
Salesas.....	16	509
Sancti Spiritus.....	1	39
San Juan de Jerusalén.	2	49
Sanjuanistas.....	1	24
Santa Teresa.....	44	189
Santo Angel.....	13	188
Servitas.....	3	56
Siervas de Jesús.....	27	363
Siervas del Amor de Dios.....	3	25
Siervas de María.....	65	701
Idem de San José....	57	688
Trapenses.....	1	32
Trinitarias.....	26	471
Ursulinas.....	8	274
Visitación.....	1	8

80 Ordenes, 2.775 conventos, 42.829 religiosas.

Son, pues, las Ordenes religiosas de varones 36, sus conventos 540 y sus moradores 12.146; y las de mujeres 80 Ordenes, 2.775 sus conventos y 42.826 las religiosas; ó sean 116 Ordenes religiosas, 3.315 conventos y 54.972 religiosos; cifra, lo repito, inferior á la exacta, tanto, que yo, lego en la materia, sé de algunos conventos más de los incluidos en la Relación, y no se olvide que las noticias son de hace trece años.

De los demás datos del Instituto resulta que los religiosos son: 8.144 profesores, 2.034 novicios y 1.900 legos ó sirvientes, cuyo número explica, según antes digo, la diferencia entre los datos de la Junta de Estadística:

Que 2.111 religiosos practican el ministerio sacerdotal.

Que hacen vida contemplativa 202 hombres y 18.187 mujeres.

Que se dedican á la enseñanza 4.698 varones y 12.606 hembras, en junto, 17.204

Que los frailes extranjeros son 465 y 1.251 las monjas también extranjeras.

Y que los jesuitas crecen como la espuma. Testimonios fehacientes aseguran, que al ser expulsados por Carlos III, tenían en sus 146 casas de la Península 2.641 individuos, de los cuales 1.346 eran sacerdotes, 365 escolares y 930 coadjutores, y que en 1820 eran 401, de ellos 89 sacerdotes; habiendo decrecido la vida conventual, hoy llegan á 1.710 y están acampados en 51 cuarteles, mientras los del Corazón de María son 1.492 y los escolapios 1.448; sólo los franciscanos, tan populares como los escolapios, los aventajan en 61 religiosos; los jesuitas, además, dominan en absoluto en varias Ordenes y pueden así estimarse los amos del cotarro conventual.

Más minuciosas clasificaciones no hacen á mi objeto, si bien servirían á fundar tal cual enseñanza provechosa, como la de que el número de conventos está en cada localidad y provincia en relación con la riqueza y con las ideas políticas en ellas predominantes. Gerona y Guipúzcoa con sus 147 y 119 conventos, respectivamente, van á la cabeza del ejército regular, habiendo en cuenta el número de sus pobladores, y sin tenerle Barcelona excede á todas las provincias por contar 348 comunidades; las de Madrid son sólo 187.

Son de 1900.

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta

Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

El P. Miguel Mir y

SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas

UNA peseta.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA

POR

ROBERTO ROBERT

PRÓLOGO

¿Conque... este siglo es el peor de todos, ¿no es cierto?

¿Conque no hay fe, ni religión, ni grandeza, ni poesía, ni paz, ni justicia, ¿no es eso?

De suerte, que con razón echamos de menos los tiempos pasados, aquellos tiempos!

¿Los tiempos en que el cristianismo se iba desenvolviendo majestuosamente; en que existía la más perfecta subordinación de unas clases a otras; en que «la ley del encaje» se había sentado en el entendimiento del juez, y todo era concordia, honor y virtudes, y amanejamos rociados por los beneficios del cielo.

¡Ch qué tiempos!

La funesta ambición no agitaba el pecho de los braceros; la unidad de ideas y sentimientos no armaba el brazo del hermano contra el hermano; honestas las costumbres, triunfante la religión, perfectamente deslindados los términos de lo justo y lo injusto, la palabra del hombre era un himno sin fin á las glorias del creador Omnipotente.

El siervo vivía feliz ó á lo menos satisfecho: el señor practicando la caridad; el sacerdote meditando en los divinos misterios, y el mundo todo en paz y bienandanza.

¡Habládme del pontificado... ¡Oh qué bello, qué grande, qué poderoso... Jamás institución alguna podrá aspirar á competirle en prepotencia.

Recordadme los concilios, aquellos augustos concilios que con espíritu recto y justiciero, al par que piafoso, fijaban las relaciones políticas, económicas y sociales, ordenaban las jerarquías, y enalteciendo las virtudes, salían al encuentro de los vicios, y á reyes y á pueblos enviaban su fecunda palabra.

¿Y los señores? ¿Dónde su fuerte brazo, su acendrada lealtad, su gigantescas empresas, su altivez con los malsines, su cortesía con el adversario, su magnanimidad con el vencido?

¿Y el arte? ¿Y la poesía? ¿Y el sagrado del hogar?...

¡Oh! Volved la vista, echad una rápida mirada al conjunto de aquellos pasados siglos, y decidme si aún hoy no os conmueven su dulce encanto, sus irresistibles atractivos.

¿Véis allá á lo lejos, en la cumbre del escarpado monte, un fuerte castillo con sus elevadas almenas, su adronera, su puente levadizo y su...

Cae la tarde.

El señor, ceñido de casco y montante, cabalga gallardo jinete entre gente de su mesnada.

Suena el toque de oración.

Hace alto la comitiva, se arrodillan todos y rezan piadosamente.

Pónense otra vez en camino, y se oye en lo alto del castillo la señal de que el dueño se acerca.

Abajo, en la falda del monte y en el llano, se cierran las puertas y humean las himeneas de las rústicas moradas.

El señor llegó al castillo. Alzase el puente tras la comitiva, que penetra en un extenso patio.

En la pared frontera hay una cruz grande, ante la cual se descubren todos, siendo el primero el señor, para dar ejemplo de cristiano; en el centro del patio hay una horca, y de aquella horca pende un hombre, ahorcado por el señor, que tiene jurisdicción alta y baja en sus dominios.

El silencio reina en todas partes...

Ha ido oscureciendo mucho... no se ve nada más.

Aquel señor es un abad mitrado, un sacerdote.

A deshora de la noche un trovador se deja caer, rendido de fatiga, junto al foso. Tras un breve descanso pulsa el laud y preludia un cántico guerrero.

El puente levadizo se baja y el cantor es admitido á la presencia del magnate.

Entre tanto, abajo, en el llano, una casta doncella desvelada en su lecho padece ansias mortales. Es sierva del sacerdote y se va á casar mañana. Su prometido le ha dicho que la llevará al castillo para que el señor la imponga su muslo.

Llorando la sorprende el alba. Cantan libres y alegres los pájaros. Se acerca la hora...

La doncella deja el lecho, y envolviéndose en su mísero ropaje, sale silenciosa al campo y toma resuelta por una vereda conocida.

Rápido el paso, anhelante el corazón, camina lastimándose los pies con los guijarros y dejando pedazos del vestido en los zarzales.

Desfallecida llega á las puertas de un monasterio, y quiere pedir socorro; pero la voz expira en sus labios, y sólo exhala un suspiro.

El débil acento llega á piadosos oídos: acorren á la desvalida unas pobres mujeres, y la villana promete y jura al Señor del cielo no volver á salir del claustro, porque no la mancillen los señores de la tierra.

Entre tanto resuena el valle natal de la sierva con lamentos y alaridos y gritos de ira, voces de duelo y estrépito de armas.

El desposado llora con desesperación la ausencia súbita, funesta de la que adora; el señor ha mandado

ya descolgar al ahorcado de la víspera y colgar sus miembros de los árboles del camino, y muestra al desposado la horca viuda, jurándole por su fe de caballero que con la horca le casará si él por malicia villanesca ha sido cómplice de la fuga.

El señor, con su mesnada y toda la gente útil para la guerra, vuela hacia escondido refugio. Los hombres que halla al paso labrando los campos, le siguen también con armas y pisando sembrados, y tronchadas las espigas por la muchedumbre, avanzan hacia el pie del monasterio.

A la amenaza de derribar la puerta responden de adentro gritos de espanto; tocan á vuelo las campanas; el señor, irritado, manda á la turba forzar la santa casa.

El que está más cerca, vacila temiendo la excomunión; el señor le rebana la cabeza de un mandoble.

Rivalizan en esfuerzos los hasta entonces medrosos, y penetran todos en el santuario.

Salvados de la muerte inmediata, pero aterrorizados con las penas de la otra vida, los villanos son presa de un vértigo, y todo lo destrozan á su paso.

Piden á grandes voces á la refugiada; búscala el señor con encendidos ojos, rasgando al paso los velos de las espantadas vírgenes, que creen llegado el fin del mundo.

De pronto se abre una puerta en el fondo del corredor, y se presenta á la vista de todos pálida y desencajada la fugitiva.

Rápido corre á su encuentro el abad, el señor, abiertos los brazos para asegurar la presa.

Más rápido que él vuela en la misma dirección el enamorado siervo. El señor quiere pararle dando una patada y extendiendo hacia él la mano.

Su ardor y su actitud en aquel momento son una revelación para el villano mozo, que loco de celos y perdida toda idea de jerarquía, dirige el fuerte acero contra el pecho del abad con violento ademán.

¡En carne ha penetrado! La doncella ha muerto.

Ella, que quiso evitar el delito horrendo contra su señor, se interpuso entre éste y el siervo.

El amante cae de rodiillas junto á ella clamando perdón con desesperadas voces. La sangre de la adorada víctima brotando del corazón cubre al rostro y le ciega, y un golpe de maza sacudido con nervudo brazo por otro siervo le deja muerto á una voz del señor.

La casa de Dios profanada por el

(Continuará)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7.—MADRID.